

DE BUENAS LETRAS

Un viaje y un reproche

MIGUEL ARNAS CORONADO De la Academia de Buenas Letras de Granada

Acabo de volver de un viaje por varias ciudades castellanas. Soria, Valladolid, Segovia, Ávila y Salamanca. Todas ellas me eran ya conocidas, pero siempre hay algo que desearía uno ver o apetecible de visitar. En todas hay monumentos famosos, rincones deleitables, itinerarios maravillosos o pueblos cercanos dignos de verse.

Hay un aspecto, aparte de la monumentalidad, que une a estas ciudades con la nuestra: sus escritores nacidos, residentes o enterrados en ellas. Soria es Machado y Gerardo Diego. Valladolid es Delibes, por supuesto. Segovia es San Juan de la Cruz, o Juan de Yepes, pues allí está enterrado. Ávila es 'la Santa', como la llaman los abulenses, es decir Teresa de Cepeda o Santa Teresa de Jesús, que para el caso es lo mismo, aunque últimamente todos nos hemos vuelto muy severos con determinadas cosas y tolerantes con otras. Y Salamanca es Unamuno, el gran don Miguel (tres Migueles tiene mi santoral: Cervantes, Unamuno y Montaigne), el olvidado rector a quien hoy se le achaca desde lo más excelso hasta lo más ruin, habiendo muy pocos defensores de una u otra postura que tengan idea de quién fue y qué pensó aquel hombre un tanto malhumorado, gran trabajador, paseante, cocotólogo y contradictorio, pues no se le podía exigir ser objetivo ya que él no era objeto sino sujeto.

En todas esas ciudades se habla de sus autores hasta la saciedad, se les homenajea, se les erigen bustos o grandes bronceos, en sus universidades se elaboran sesudas tesis y estudios sobre su obra. Mas la gente de a pie, saturada de escuchar esos nombres, no los lee. Y no se busquen responsabilidades fuera: el problema casi nunca es tanto del que engaña como del que se deja engañar. Es comidilla popular que leer es aburrido, que ahora lo tenemos todo solucionado con el batiburrillo audiovisual y virtual. Lo de no tener tiempo para la lectura es excusa insípida, pues nos dedicamos a ver series de televisión que proporcionan el juicio masticado o que, llana y simplemente, carecen de él porque son pura acción tontorrón o espectáculo para mantener bobos boquiabiertos. Tal cosa conviene al poder, a qué negarlo, pero quien toma la decisión de abstenerse de la lectura, del pensamiento (acto mal titulado como 'calentamiento de cabeza'), es el pueblo. Todos nos sentimos orgullosos de los personajes citados, o quizá los criticamos moderada o acerbamente, pero convenimos en que su existencia eximia atrae al turismo. Todos beneficiados. Y todos empobrecidos. Una lástima. ¿Cuántos granadinos han leído de veras y en suficiente cantidad a Lorca? Sería cuestión de hacer una encuesta veraz, no política.